

## EN LA HACIENDA HAMBURGO

En los primeros días de diciembre de 1911 Pehlke me pidió que fuera después de Navidad a la hacienda para hacer, por primera vez desde su posesión, un inventario de fin de año. Mis colegas me compadecieron por la estadía junto a Pehlke, pero me envidiaban el cambio de clima.

Excepto por el corto viaje con Focke, había estado cerca de nueve meses en Bogotá, y también me pareció muy atractiva la perspectiva de salir por un tiempo del clima gris de la ciudad. Pese a que nunca lo había encontrado agradable, me había acostumbrado al delgado aire de la altura sin dificultad. Más molesta era la frecuente llovizna —llamada paramito— característica de Bogotá, lo mismo que los muchos días nublados, en los que las casas, no preparadas para ese tiempo, podían ser desagradablemente frías. Y si había que trabajar largo rato en el escritorio, los dedos se volvían tiesos por el helaje. Nuestro local era excepcionalmente frío. Pero los días soleados también tenían sus inconvenientes. Las diferencias de temperatura no eran solo marcadas entre el día y la noche, sino también en el día entre los lugares con sombra y sin sombra. Muy molesta podía ser la luz del sol al mediodía. Cuando una vez salí apurado del negocio en penumbras al rayo del sol, quedé tan encandilado que apenas pude ver durante el resto del día. Fue una experiencia bastante dolorosa.

Otra razón para alegrarme por el viaje era separarme de la escasez de agua. Bogotá está ubicada en una región pobre en agua. Había una cañería de agua corriente, pero muy débil, y el agua era turbia. Para beber había que comprar agua de vertiente, que era acarreada por burros. En toda Bogotá conocí en esos años solo dos establecimientos de baños, que disponían de duchas con flojo caudal. Había que llevar las toallas y el jabón, aunque eso era en realidad conveniente por el peligro de contagiarse de alguna enfermedad.

La población era muy sucia. A menudo nos traían anteojos para su arreglo que estaban tan espantosamente sucios que primero debíamos ponerlos por horas en alcohol, antes de trabajar con ellos. Incluso damas de la sociedad daban algunas veces la impresión de que habían reemplazado el uso de agua por el de polvos de tocador.

A la mañana de mi partida, para mi desgracia, no se pudo encontrar ningún auto y tuve que hacer a pie el largo camino a la estación. Para el equipaje llevé un cargador. En realidad todo esto no habría tenido importancia si yo no hubiera llevado en uno de mis bolsos de mano, para la hacienda, una gran cantidad de monedas, que eran muy pesadas. El dinero estaba destinado al pago de los salarios durante la cosecha de café, que ya estaba en marcha. Los pobres muchachos escuálidos que se ofrecían en las calles como peones de carga ni con la mejor voluntad estaban en condiciones de transportar ese peso más de un corto trecho. Tres veces tuve que cambiar el peón de carga. Finalmente cargué el bolso en el hombro y llegué así, bañado en sudor, a la estación.

El destino de estos peones de carga, lustradores de zapatos y vendedores de diarios era muy triste. Había demasiados dando vuelta en la ciudad, casi todos estaban desnutridos; la mayoría, enfermos. Pocos tenían un techo sólido en el cual cobijarse. Muchos dormían en las entradas de portones o en algún rincón protegido del viento, donde se envolvían en diarios o en los afiches arrancados de las paredes. De vez en cuando alguno era encontrado por la Policía muerto en la mañana. Varios eran criminales.

La transformación del paisaje durante el viaje a Girardot, de un monótono gris del altiplano de Bogotá a la luminosa abundancia de colores del trópico, me transportó a un verdadero estado festivo, coronado por un extenso baño después de la llegada al hotel en Girardot.

El viaje río abajo por el Alto Magdalena y en consecuencia agradablemente fresco, fue de nuevo un placer, y ni siquiera el viaje en tren de Beltrán a Honda, de tres horas, polvoriento y muy caluroso, pudo deprimirme. En el hotel América, de Honda, aproveché otra vez la buena oportunidad del baño y luego me olvidé tanto de los severos principios de la empresa Pehlke que me permití el lujo de una cerveza de exportación alemana.

En el transcurso de la velada se anunció un emisario de la hacienda con una carta de Pehlke y me dijo que estaría a la mañana siguiente con un caballo de silla y un animal de carga en el lugar. Era de apellido Londoño, un pequeño indio [sic] ya bastante viejo, de muy buen carácter. Apareció puntual a la mañana siguiente, y cuando asomó el sol estábamos en marcha. El animal de carga llevaba el equipaje y a Londoño. Yo había recibido un caballo grande y amarillo, ya no joven, pero de andar voluntarioso, se llamaba Cóndor.

Al trote, acostumbrado a viajar, anduvimos primero una hora río abajo a lo largo del Magdalena hasta cerca de la pequeña estación de ferrocarril de Perico y desde ahí casi en ángulo recto, tierra adentro hacia el oeste. El territorio era extraño. Las montañas se elevaban formando terrazas y estaban cubiertas de vegetación silvestre. Cruzamos muchos cauces de río, algunos

muy profundos, otros secos. La región estaba casi deshabitada. Después de otras dos horas llegamos a un portón de madera, que representaba el límite de la hacienda. De ahí cruzamos durante otra media hora una pradera llana y grande, el así llamado Llano de Villegas, donde se mantenían cien vacunos de distintas razas. Al final del Llano había una choza con una cerca para el ganado. Aquí nos esperaba Pehlke. Después de un breve saludo seguimos juntos a caballo cuesta arriba. Pehlke, que había militado en la artillería a caballo, era un buen jinete y tirador. En su caballo blanco, alto, fogoso, aunque viejo, tenía buena estampa. ¡Fue la mejor impresión que me hizo! También estaba de mejor humor, como no lo había conocido hasta ese momento. Se hallaba muy satisfecho con la marcha de las cosas en Bogotá, sobre las cuales era informado constantemente. A pesar del mal tiempo, cabalgábamos a toda velocidad. Me expresó su asombro de que yo fuera capaz de mantener ese ritmo, y le conté de mi entrenamiento en Bogotá, lo que al parecer no le agradó mucho. Pero su estado de ánimo siguió siendo bueno y describió en detalle la ubicación y disposición de la hacienda durante el paseo.

El sector que recorríamos en ese momento, solo tenía praderas y se llamaba La Aurora. Era administrado por un colombiano, más exactamente un empleado indígena, de apellido Bustamante. Cuando llegamos a su vivienda nos detuvimos un corto tiempo. Pocos minutos después cruzamos el pueblo Victoria, ubicado en medio de la hacienda, que suministraba los obreros. Consistía de unas cuatro hileras de casas que enmarcaban la plaza del mercado, cuadrada y amplia. No causaba una impresión hospitalaria. De ahí una subida corta y empinada nos llevó a la casona modesta, mas no desagradable, de la hacienda.

Aquí conocí a dos empleados alemanes: Zaumseil, que debía regresar próximamente a Alemania, y Hermann Gebhard, llegado hace poco. Ambos me causaron buena impresión, a pesar de que eran muy distintos en su forma de ser. Zaumseil me parecía más duro, Gebhard más blando de corazón, bondadoso.

Durante la comida, con la cual nos habían esperado, hubo un choque entre Pehlke y Zaumseil, porque este se quejó de la escasa porción, en mi opinión con toda la razón. A continuación se le sirvieron unos huevos fritos adicionales, pero el ambiente agradable se había esfumado.

Inmediatamente después de la comida comencé mi trabajo, que me ocupó más o menos dos semanas. Estaba reacio a sentarme en el escritorio, en vista de la hermosa naturaleza que me rodeaba. De vez en cuando me podía escapar por una hora, y Pehlke incluso me permitía que ocasionalmente ensillara un caballo para subir el cordón montañoso que se erguía encima de la hacienda, el alto San Mateo, que me atraía porque me habían contado de la hermosa vista panorámica a la cordillera Central desde allí.



Casona en La Aurora

Después de finalizar mis trabajos contables, en realidad debería haber regresado a Bogotá. Pero a solicitud de Pehlke debí prolongar mi estadía para auxiliarlo en cuestiones de la ganadería. Me contó que había rastreado una serie de estafas del administrador Bustamante, lo había despedido y quería quedarse personalmente algún tiempo en La Aurora para conocer el funcionamiento a fondo. En su opinión no había nadie en la hacienda que tuviera conocimientos suficientes de cría de ganado. Gebhard debía capacitarse, entretanto, como futuro administrador. Después de la llegada inminente del administrador de la hacienda, Gustav Kruse, quien se había casado en Alemania y era esperado con su mujer, se ejecutaría nuestro plan.

Mientras tanto, me podía entretener con lo que yo quisiera. De Zaumseil había escuchado que tenía la misión de talar, con un grupo de obreros, un área de la selva para ampliar la plantación de café, y decidí unirmele. Aprendí de él el uso del machete en la labor de talar los árboles. Pero los troncos más gruesos eran volteados con el hacha. Zaumseil y yo preferimos hacernos cargo de un grupo de árboles estrechamente unidos por una enredadera, a la cual atacamos de tal manera que se derrumbaba unida en un solo movimiento. Una multitud de insectos y pájaros levantaban vuelo por lo general saliendo de las copas de los árboles que se caían. Una vez resonó el grito “¡Víbora, víbora!”: una larga boa se disponía a pasar por encima de un árbol caído. Zaumseil la mató con su pistola. Luego hicimos una soga con una liana y arrastramos el animal, que siguió serpenteándose largo tiempo, hasta el patio de la granja

frente a la casa. Nuestros perros le ladraron furiosos, pero no se animaron a acercarse.

Algunas veces me iba con Zaumseil a cazar. Era un buen cazador, en parte por amor al deporte, en parte —y esa era quizás la razón principal— para contribuir a mejorar la exigua cocina. Aptos para el consumo eran ciervos, jabalíes, perezosos, un pequeño roedor muy bonito, parecido a un ciervo enano, cuyo nombre olvidé, palomas silvestres y otros. Una vez nos sentamos durante cuatro noches, desde las ocho hasta las doce, en un aguacate, en el cual habíamos construido un asiento, para esperar a un ciervo macho. No vino mientras lo estábamos esperando, aunque encontrábamos todas las mañanas sus huellas frescas en el suelo debajo del árbol. Unos días más tarde, cuando Zaumseil lo esperaba solo, vino y fue cazado.

El andar en el bosque me causaba más placer que la caza. Los únicos bosques que había conocido hasta ahora eran los alemanes, parecidos a parques con sus caminos despejados. Aquí todo se entrelazaba de modo silvestre y uno tenía que abrirse camino con gran esfuerzo a través de la maraña. Ocasionalmente seguíamos los caminos salvajes. Pero había que tener cuidado de no chocar contra una rama o una larga espina; los arbustos de bambú tenían espinas como puntas de lanza, y había un árbol cuya corteza estaba cubierta de pequeñas espinas puntiagudas y muy duras. Se me advirtió no acercarme demasiado a él, porque las heridas producidas por esas espinas se infectaban con facilidad. De noche se veían más animales que de día. Los monos eran muy curiosos y se acercaban a nosotros. Los gatos monteses se reconocían por sus luminosos ojos en la maleza. Era interesante escuchar los llamados de los pájaros en la noche. Variaban de hora en hora. Tuvimos un poco de luz de luna en las cuatro noches que estuvimos sentados en la plataforma y podíamos reconocer algo del entorno. Molestos eran los mosquitos.

Los jabalíes tenían fama de ser peligrosos tan pronto estuvieran en piara. Zaumseil afirmaba que una vez lo había atacado uno. Tuvo que refugiarse en un árbol, lo que no le habría servido de mucho, porque los jabalíes en ese caso aparentemente hacían caer el árbol royendo al tronco. Pero unos jinetes que venían habrían ahuyentado los jabalíes a tiempo. Pehlke parecía no estar en contra de las excursiones de caza de Zaumseil mientras no tuvieran lugar durante el horario de trabajo. Pero esto sucedía especialmente en los últimos tiempos, cuando a Zaumseil ya no le importaban mucho los deseos de Pehlke.

Bastante desagradable fue el ambiente en la noche de fin de año. La cena fue tan escasa como siempre, y entonces Pehlke hizo aparecer una pequeña botella de vino tinto, de la cual nos sirvió un dedo del mismo. La botella, medio llena, la guardó de nuevo, reservándola para otra oportunidad festiva! Hubiera sido mejor que Pehlke ni la hiciera aparecer. Con su gesto vacío,

incluso, aumentó el malestar, especialmente el de Zaumseil. A pesar de sus servicios durante tres años, no había recibido ni la más pequeña gratificación de Navidad o fin de año.

Cuando se aproximó la llegada del matrimonio Kruse, se decidió dejarle la casa a su disposición, con excepción de un pequeño cuarto, que seguiría siendo usado por Pehlke. Nosotros nos distribuiríamos por los edificios del servicio. Después de haber pasado una noche incómoda, junto con Gebhard, en un pequeñísimo cuarto, decidí mudarme al depósito de café y dormir ahí en una hamaca. El lugar, bastante vacío y grande, era agradablemente fresco durante la noche, y unas catorce noches que debí pasar ahí me parecieron tolerables. Un gato negro y grande me hizo algunas veces compañía —eran noches especialmente frescas— en la hamaca. Para lavarme iba al arroyo montañoso que pasaba allí cerca.

En cuanto al matrimonio Kruse, me agradó enseguida el hombre. La mujer no me era muy simpática, pero tampoco tuve oportunidad de conocerla más a fondo. Kruse, o don Gustavo, como se lo llamaba en la hacienda, era un hombre fuerte y alto, honesto y fiel, increíblemente trabajador y responsable, que tenía una confianza ilimitada en Pehlke. Era jardinero de profesión y muy capaz en su área. Era, como dice la Biblia, “sin falsedad como las palomas”, pero lamentablemente no era “¡astuto como las serpientes!”.

Su mujer, que probablemente tenía unos 30 años, le aventajaba decididamente en inteligencia. Pronto reconoció que la posición de su marido no era la que había esperado. Había supuesto haberse casado con el socio de Pehlke en la hacienda. Pronto se dio cuenta, a pesar de todas las maniobras de encubrimiento, que las pretensiones de participación de su marido solo se basaban en promesas orales de Pehlke, y se mostró totalmente desilusionada cuando constató que su marido era solo el administrador de Pehlke y encima con un sueldo tan mísero de ciento cincuenta marcos mensuales. Desde un principio insistió en fijar la definición legal del accionista, lo cual no fue admitido por Pehlke. La consecuencia fue que las relaciones entre las tres personas involucradas en el asunto fueron desde un principio muy tensas. Pehlke estaba muy disgustado y me dijo que Kruse tendría que buscar otro trabajo si su mujer se convertía en un factor molesto. En esto, yo estaba convencido de que el mismo Pehlke o Adler en su nombre, había dado a la familia de la señora Kruse, de nombre de soltera Klinkenberg, procedente de Darmstadt, informaciones sobre el puesto de Kruse que no coincidían con la realidad, sino que eran evidentemente falsas. Al igual que a todos los empleados, se le había prometido a Kruse una serie de cosas en un futuro incierto, en todo caso muy lejano. Pehlke nunca se comprometió a decir cuándo podría ser realidad este futuro.



A pesar de su desilusión, la joven esposa se hizo cargo inmediatamente de la administración del hogar. Se ocupó de un almacenamiento más higiénico de los comestibles, de los cuales había que mantener reservas cada vez más cuantiosas y que estaban expuestos con frecuencia a los ataques de insectos, ratas, etc. También se encargó de ofrecer mejores comidas y más abundantes. Además, sabía algo de atención de enfermos y se hizo cargo de un empleado alemán que ella y su marido habían traído de Alemania, a quien el clima del trópico no le había sentado muy bien hasta ese momento. Padecía de una erupción de forúnculos en todo el cuerpo, se sentía muy débil y necesitó varias semanas para reponerse un poco.

A fines de enero de 1912 finalizó el contrato de Zaumseil y yo recibí el encargo de acompañarlo hasta Honda, conseguir los pasajes, darle el dinero para el viaje y abonarle otros montos que aún le correspondían; estos sumaban solo alrededor de cuarenta pesos. Cuando se los entregué dijo con amargura: “Vea, eso es todo lo que me llevo después de tres años de duro trabajo en la hacienda”. El hombre me dio pena, y me avergonzaba por la empresa. Sabía que él —agricultor cualificado y un buen trabajador, aunque inepto para un puesto independiente— había sido menos remunerado que algunos de los obreros nativos subordinados a él, y eso que con frecuencia tuvo que ejecutar trabajos más duros que ellos. Por ejemplo, cuando una vez hubo que demoler cierta casa y levantarla con mejoras en otro lugar, Pehlke opinó que ese trabajo no podía ser confiado a los obreros locales. Fue realizado entonces por los empleados alemanes. Yo me podría haber salvado de él, pero por razones de camaradería no lo consideré correcto. De esta manera, la pequeña construcción no costó prácticamente nada; en caso contrario, habría que haber llamado a carpinteros del pueblo, que sí hubieran cobrado. De esos míseros cuarenta pesos Zaumseil gastó en la noche de despedida aún más de lo razonable. A la mañana siguiente nos despedimos, y yo volví a caballo a la hacienda. Lo único que oí luego de Zaumseil es que después de una breve estadía en Alemania había aceptado un nuevo empleo en una plantación de Nueva Guinea, por entonces colonia alemana.

Unos días después de la partida de Zaumseil nos mudamos, primero Pehlke y yo, a La Aurora. Gebhard nos siguió poco tiempo después; sería el nuevo administrador de la hacienda y se haría cargo del puesto en el momento en que aprendiera suficiente español. Era el único de nosotros tres que sabía por lo menos algo —no lo suficiente— de ganadería. Sus conocimientos eran más que todo sobre caballos, debido a que su padre había sido comerciante de equinos en una pequeña ciudad de los alrededores de Berlín.

La casa del administrador, a la cual nos habíamos mudado, era una edificación de madera levantada sobre postes, para permitir la aireación, con techo

de tejas. Tanto adentro como afuera estaba sucia y llena de insectos. Adentro disponíamos los tres de un dormitorio no muy grande, y de un comedor aún más pequeño. En cuanto a muebles, cada uno poseía solo un catre con mosquitero y una modesta silla tapizada de cuero vacuno crudo. Para el uso en común estaban la mesa del comedor y un así llamado escritorio. Aparte de eso, una linterna de emergencia como única alternativa de iluminación.

Las otras habitaciones seguían siendo una despensa para comestibles, una pieza para las monturas y una pequeña habitación para la cocinera nativa, la Sebastiana, no muy limpia pero bondadosa. El ‘vaquero’, Estanislao Pereira, dormía con sus ayudantes en el ático.

Alrededor de la casa había una terraza. En uno de los costados de la casa se encontraba, en una prolongación del techo, un soporte para nuestras cabalgaduras, donde se habían instalado pesebreras que se mantenían siempre llenas de comida. Debido a que las distancias eran bastante grandes y andar a pie no correspondía, cada uno de nosotros tenía, durante todo el día, un caballo ensillado siempre a disposición. Al desmontar solo se retiraba el bocado, se ataba al animal y se aflojaba la cincha. En las pesebreras había permanentemente caña de azúcar troceada. Solo en vista de esfuerzos mayores los animales recibían también panela y maíz.

Después de haber llegado Gebhard, él y yo decidimos hacer, en primer lugar, un poco de limpieza en la pocilga que nos había dejado Bustamante como vivienda. ¡El propio Gebhard fregó incluso los pisos, un trabajo poco agradable! Luego pintamos todas las paredes de adentro y afuera con cal, y los pisos, vigas y cielorrasos con un líquido desinfectante, llamado aceite de creosota. Estábamos muy satisfechos con el éxito de nuestro trabajo, que le dio a la casa un aspecto mucho mejor. También Pehlke compartió nuestra alegría, a pesar de que no había participado en el trabajo. Durante ese tiempo había estado casi siempre con el vaquero Pereira de recorrida, para tener un panorama del estado de las cosas.

Si creíamos haber vencido a los insectos en la casa, tuvimos que reconocer que nos habíamos equivocado y tuvimos que pagar el precio después. Durante las primeras noches nos cubrimos de la cabeza hasta los pies de picaduras de chinches. Sentimos asco por eso, pero no pensamos en las consecuencias. A los pocos días Pehlke tuvo que guardar cama por un fuerte ataque de fiebre, a consecuencia de las picaduras de chinche. A pesar de las repetidas dosis de quinina, su estado más bien empeoró, estaba inconsciente y deliraba mucho. Kruse fue informado; acordamos que Pehlke debía ser llevado lo más rápido posible al mejor clima de la hacienda cafetera, ubicada a unos doscientos metros de altura, pero la pregunta era ¿cómo? Pehlke se negó a ser llevado. No le quiso dar gusto al despedido Bustamante de verlo derrotado, después



de tan corto tiempo, por el clima de La Aurora, que tenía mala fama. Aproveché que su fiebre había bajado un poco y decidí arriesgarse en el amanecer siguiente a cabalgar en su veloz caballo blanco hasta la hacienda cafetera. Llegó felizmente, y después de tres días estaba libre de fiebre, aunque aún débil. Pero ya no tenía ganas de regresar a La Aurora. Me hizo ir diciéndome que ahora tenía que quedarme simplemente en La Aurora hasta que Gebhard pudiera manejar solo la hacienda. Además, ¡él tenía que atender otras cosas más importantes que ‘cuidar vacas’! Iría unos días a Bogotá y de ahí, después de un corto tiempo, a Alemania.

Le contesté que estaba dispuesto a realizar cualquier tarea, con la esperanza de recibir la correspondiente retribución de manera oportuna. ¡Pehlke pasó por alto mi comentario! Solo me nombró algunas reglas de comportamiento para mi tarea; ante todo, me dio el consejo de no permitir que el vaquero notara mi falta de conocimientos en cuanto al ganado y a la agricultura. Prometí hacer lo mejor posible. A continuación expresó el deseo de que lo acompañase en un trayecto de la partida. Apresurado, albergué la esperanza de que su intención era aprovechar la oportunidad de hablar conmigo sobre el sueldo o la gratificación para 1911. Hasta ese momento lo había evitado siempre cada vez que yo intentaba abordar el tema. Pero a cambio me traspasó por el tiempo de mi estadía en la hacienda sus dos cabalgaduras. Una era un mulo grande y gris, llamado Diablo, el mejor animal de la hacienda; tenía fama de ser difícil de manejar y el mismo Kruse lo montaba con desagrado. Pehlke me recomendó que lo montara primero sin espuelas, para que no se desbocase conmigo arriba; sin embargo, me di cuenta de que el astuto animal enseguida se percataba si uno no tenía espuelas y justo entonces era difícilísimo de manejar. Si tenía espuelas puestas, nunca hacía falta usarlas, era suficiente que ahí estuviesen. El otro animal era el caballo blanco grande, llamado Hipólito. Era de muy buena raza, tenía un andar magnífico, si bien ya era demasiado viejo para ser usado en cabalgatas de más de dos horas de duración. En movimiento seguía teniendo un porte óptimo, pero si estaba cansado a veces parecía que se caía.

Como Pehlke todavía se sentía algo débil, partió a las cuatro de la mañana de la hacienda para hacer la cabalgata de cinco horas hasta Honda antes de que comenzara el calor más fuerte. Kruse y su señora lo acompañaron, y cuando pasó por La Aurora, Gebhard, el vaquero y yo nos sumamos. Después de haber cabalgado un trecho, Pehlke me llamó aparte y me dijo que había llegado a la conclusión, después de haber reflexionado mucho, que para gente joven como yo y mis dos colegas en Bogotá no era conveniente ganar demasiado dinero. Por eso no nos podía conceder ni un aumento de sueldo, ni una gratificación, pero en compensación nuestro futuro estaría

asegurado. ¡A mí me otorgaría, en señal de su conformidad, un poder general en Bogotá! Me sentía totalmente desilusionado. No había esperado tan poca cosa. Solo dije una palabra: “¡gracias!”, y me retiré a un costado. Después de eso, nos despedimos de modo breve y distante. Antes de su partida, Pehlke le había anunciado a Gebhard que le dejaba “una maleta llena” de ropa. Esta ropa resultó ser camisas y ropa interior vieja remendada cientos de veces. El modesto Gebhard no se atrevió a rechazar las cosas. Poco antes había necesitado con urgencia un pantalón de trabajo; se obtuvo de la tela más barata que había en el pueblo, un dril tosco llamado ‘garagoa’, que solo era comprado por los obreros más pobres. Era de un feo color azul, que además pronto destiñó. Si había en algún lado un grupo de cabalgaduras atado, fácil se podía identificar el caballo de Gebhard por la montura teñida de azul. Nuestro primer vaquero se reía abiertamente de esto, él mismo nunca hubiera usado un pantalón así.

Kruse fue junto con Pehlke hasta Honda. Yo acompañé a la señora Kruse de regreso a la casa. Nuestros restantes compañeros ya se habían despedido. El regreso fue en silencio y lento. La señora Kruse, que no era buen jinete, se cansó. No conversamos mucho. Cada uno de nosotros pensaba, quizás, en su propia desilusión. Decidí seguir dando lo mejor de mí y a mi regreso a Bogotá ocuparme enseguida de buscar otro empleo.

El domingo siguiente tuve que pagar primero mi tributo al clima de La Aurora. Justo había terminado mis compras de comestibles en el mercado de Victoria, cuando este empezó a girar a mi alrededor. Me habría caído si no me hubiera podido sujetar al vaquero Pereira, que estaba parado al lado. Con su ayuda llegué a un negocio en el cual me pusieron una botella de amoníaco en la nariz, lo cual me hizo reaccionar hasta estar en condiciones, después de un cierto tiempo, de volver a caballo hasta La Aurora. Ahora tenía fiebre, sin embargo con ayuda de mucha quinina y aceite de ricino me recuperé pronto, al punto que pude seguir el ejemplo de Pehlke y cabalgar por mi cuenta hasta la hacienda cafetera para cambiar brevemente de clima. Después de unos pocos días volví a sentirme mejor y no tuve ninguna recaída. Durante toda mi estadía en La Aurora tomé con constancia pequeñas dosis de quinina. Al poco tiempo de mi recuperación Gebhard debió soportar su ataque febril, después de alegrarse de no haber sido afectado por la fiebre. Incluso el vaquero Pereira no se salvó, aunque tuvo el ataque más leve de todos nosotros.

Al final estuvimos todos sanos y pudimos retomar nuestras actividades en forma regular. La casa estaba ahora limpia y casi libre de insectos. El aceite de creosota había combatido a los chinches, y la cal y la limpieza de cada una de las grietas, a las cucarachas; en cada mueble, en cada cajón de la mesa, habían estado estos cientos de asquerosos animales. Llevamos con cuidado cada

mueble al patio, lo sacudíamos a fondo y dejábamos al montón de gallinas que habíamos convocado, comérselos. También las ratas, que nos habían dado tanto trabajo al principio, desaparecieron, en especial de la despensa (una noche desperté durante una tormenta y sentí algo caliente en mi cara: era una rata enorme).

No hacía falta conocimientos especiales para constatar, después de corto tiempo, que La Aurora estaba descuidada. A pesar de su gran extensión —se necesitaban casi dos horas para cabalgar de una punta a la otra— tenía poco ganado; había algo más de cuatrocientas reses de toda edad y ambos sexos, así como más de cien mulas y caballos. Pero la mayoría de los campos de pastoreo, en especial aquellos que deberían haber servido para engorde de ganado, estaban casi inutilizables, llenos de matorrales y maleza enmarañada; en los lugares con pastura plantada se había dejado crecer tanto en altura que incluso a caballo uno desaparecía en ella; se había puesto fibrosa y ya no servía; solo los caballos y en especial las mulas se sentían a gusto ahí. Cuando teníamos que arrear los caballos y las mulas en ese sector pensaba en que una cacería de caballos salvajes o de cebras en África debía ser similar.

La ubicación de la hacienda tenía sus ventajas y desventajas. Una ventaja era que casi no tenía vecinos, porque gran parte de su perímetro limitaba con la selva. Una desventaja era la influencia de la selva sobre el estado de los pastos del ganado. Rara vez había animales enfermos, pero muy frecuentes eran los que sufrían por los nuches o las garrapatas. Los caballos y las mulas eran atacados de vez en cuando por murciélagos. También las víboras y los jaguares buscaban ocasionalmente una presa. Si se encontraba un animal que el jaguar había cazado, se envenenaba el cadáver con estricnina. Por lo general se encontraba el jaguar algunos días después muerto en los alrededores. La cercanía del bosque dificultaba también mantener la pastura limpia de malezas. El viento traía siempre semilla nueva.

El trabajo del vaquero consistía principalmente en velar con su gente por la salud del rebaño. Debía estar en permanente movimiento para curar animales, buscar animales perdidos y controlar los alambrados. Con frecuencia yo lo acompañaba en la tarea. Después de algunas salidas a caballo, lo había observado lo suficiente como para intervenir en algunas ocasiones. Siguiendo el consejo de Pehlke, aparentaba hacerlo solo por deporte, y más adelante, como si no fuera nada nuevo para mí. Después de algún tiempo, hasta podía atrapar un animal con el lazo, aunque nunca desde la montura.



Caravana de mulas



Caravana de bueyes

Me divertía mucho participar cuando el ganado joven debía ser arreado de un campo de pastoreo a otro, una cacería de ciervos a caballo en Inglaterra no habría podido ser más entretenida. Una vez tuvimos que mover una manada de bueyes muy animados, de unos tres o cuatro años de edad. Para calmar un poco su ímpetu, los habíamos encerrado veinticuatro horas sin bebida

y comida en un estrecho corral. A pesar de esto, intentaron desperdigarse en todas las direcciones apenas los soltamos. La necesidad de perseguirlos al galope, sin prestar atención al camino o sendero, nos causó unos cuantos rasguños sangrantes y varios agujeros en la camisa y el pantalón. Lo que facilitaba la tarea era el hecho de que los caballos utilizados sabían hacerlo y perseguían voluntariamente al ganado. También se detenían tranquilos en un lugar, sin ser atados en caso de que uno debiera apearse.

La casa de La Aurora estaba ubicada en una gran pradera, con pasto corto pero bueno, donde pernoctaban con frecuencia bueyes y mulas, en los que se transportaban las cargas entre Honda y varias localidades en la cordillera Central. Aquí habitualmente, entre la una y dos de la tarde, se detenían caravanas. Para resguardar su mercadería les poníamos en la noche un simple galpón a su disposición. A menudo tenían varios cientos de animales a su cargo. Los arrieros eran hombres fuertes, cortados de una madera especial. El trabajo era arduo en extremo; no obstante, no he visto casi nunca un arriero triste. Después de haber descargado y dado agua a los animales, revisaban sus alforjas o se ocupaban de algún animal que había enfermado. Luego cocinaban despacio su cena. Muchos traían guitarra consigo y tocaban y cantaban hasta tarde.

A las dos de la mañana comenzaban de nuevo a juntar y cargar sus animales, y a las cuatro ya se ponían en marcha otra vez. Yo tenía que estar a esa hora levantado para recibir el dinero por el albergue y hacer las cosas como debía ser. En general, la gente era honesta, pero alguna vez hubiera podido ser distinto. Un par de veces no tenían dinero y prometían pagar la próxima vez, lo que también hacían. Los precios por el albergue eran de dos centavos por cada caballo o mula y un centavo y medio por cada buey. Los rumiantes comían menos que los otros animales. El uso del galpón era gratuito para ellos.

La hacienda regentaba en La Aurora un depósito de venta de sal para cocina y para ganado. De vez en cuando un comprador enviaba un pequeño niño con animales de carga para buscar la sal, a una hora cuando yo ya estaba solo en casa. El niño era demasiado pequeño para cargar la sal y a mí me daba pena que hiciera en vano ese largo camino, así que cargaba en su lugar a los animales. Luego fue reconocido con asombro en el pueblo que yo había hecho de forma correcta la complicada atadura de los sacos en el lomo de los animales. Habían creído hasta entonces que un extranjero jamás lo lograría.

Una que otra vez en la semana iba a caballo hasta la hacienda cafetera para aliviarle a Kruse el trabajo contable, que no le agradaba, y más o menos cada dos semanas lo eximía de otra obligación desagradable, que era ir a Honda, la ciudad más próxima a nosotros, para atender los negocios que se habían presentado. Aunque estos nunca ocupaban más de tres o cuatro horas, Kruse

se quedaba siempre una noche en Honda, porque la cabalgata de cinco horas seguidas, a él, que no le gustaba cabalgar, lo cansaba bastante. Los gastos de hotel ocasionados por esta circunstancia también le dolían, y por eso me preguntó si yo haría la cabalgata a Honda ida y vuelta en un solo día. Me había gustado mucho el camino en el aspecto paisajístico y estaba dispuesto a conocer la región más en detalle. Además me agradaba hacer cabalgatas, por lo tanto no era ningún sacrificio para mí. Las primeras veces andaba en mi buen Diablo, al que el camino de setenta y cuatro a ochenta kilómetros, de unas diez horas de duración, no le resultaba cansador. A pesar de esto, seguí después un consejo de Pereira para hacer más liviana la tarea para mí y el caballo, de cambiar en el camino una vez de cabalgadura. Desde entonces mandaba uno o dos días antes un caballo descansado a la cabaña de uno de nuestros empleados, ubicada al comienzo del Llano de Villegas, llamada Santa Rosa, con el encargo de tenerlo listo para mí a una hora determinada. El camino pedregoso y empinado entre La Aurora y Llano de Villegas lo hacía con nuestras dos mejores mulas, el Diablo o la favorita de Kruse, Chula. De esa manera recorría el camino entre La Aurora y Honda en solo tres horas y media. El punto culminante de la estadía en Honda era siempre el almuerzo en el hotel América.

En general, la vida en La Aurora era apacible. Uno se levantaba a las cuatro. Como no había iluminación, salvo el ya mencionado farol de emergencia, y en el trópico a las siete de la tarde estaba oscuro, rara vez nos acostábamos más allá de las ocho. Para leer solo teníamos algo, cuando traía un diario de Honda.

Nuestra alimentación era muy simple, parecida a la que se le daba a cualquier empleado o empleada. Yo mismo le entregaba a la cocinera habitualmente en la mañana las raciones. Recibía por cada persona y comida un palmo generosamente medido (la mayor distancia entre las puntas del pulgar extendido y del meñique) de carne seca, un manojo de frijoles y una cucharada de grasa, además de abundantes plátanos (bananas grandes, que no se consumían crudas, sino preparadas aún verdes de distintas maneras), yuca y maíz. Este último era para las arepas, una especie de pan hecho de maíz hinchado, molido en piedras y luego horneado en forma de tortilla o redondo. Con el paso del tiempo habíamos educado a la cocinera a ser algo más limpia, apoyados aquí por Pereira, que era muy pulcro.

Para variar un poco, traíamos ocasionalmente frutos de papaya o guayaba, de los cuales nos hacíamos cocinar una especie de mermelada. Alguna que otra vez matábamos una gallina o recibíamos algo de arroz de la hacienda cafetera. Nuestra agua potable era buena, se extraía de una vertiente cercana y era transportada a lomo de burro en barriles de madera hasta la casa. Para

bañarse, incluso para nadar, había un lugar hermoso en una pequeña laguna natural debajo de una cascada. Era una cabalgata de unos diez minutos hasta ahí, al arroyo Casanguilla. Más adelante, Gebhard y yo construimos un lugar de baño más cómodo por su cercanía, esculpiendo debajo de la vertiente de agua potable una especie de bañera en la roca, casualmente blanda.

Nuestra provisión de carne se compraba el domingo en el mercado para toda la semana. Era cortada en tiras largas, del grosor de un pulgar y colgada en estacas al sol; otro método para conservarla no había. Si el cielo estaba despejado, por lo general la carne se endurecía como piedra después de una hora, pero si estaba nublado las moscas tenían suficiente tiempo para poner sus huevos, y debíamos tener cuidado durante toda la semana para no comer las larvas junto con la carne. Solo los domingos nos podíamos permitir carne fresca.

En una ocasión descubrimos en la chimenea de nuestra cocina un trozo de tocino que un benefactor desconocido había colgado ahí para ahumarla y la había olvidado. Nos vino de maravillas. Una vez intentó Gebhard hacer a las cuatro de la mañana mantequilla, con la esperanza de que la temperatura aún fresca de esa hora aumentaría las posibilidades de éxito. Pero esto no se cumplió y el resultado no valió la pena; no obstante, le regalamos una parte de la mantequilla a la señora Kruse. También la proveíamos de vez en cuando con huevos y gallinas. En retribución fuimos invitados ocasionalmente a comer, pero no nos agradaba mucho porque el ambiente era siempre demasiado tenso.

De vez en cuando me debía dedicar a una tarea complementaria que Pehlke me había dejado. Había en el pueblo una serie de personas que padecían de úlceras tropicales en las piernas. La dolencia empezaba por picaduras de insectos o lastimaduras de picazón que eran descuidadas, se infectaban y, si no se combatían, carcomían no solo la carne, sino también los huesos de las piernas. Las heridas cubrían con frecuencia el largo de la pierna y estaban cubiertas con pus y moho. De la empresa E. Merck, de Darmstadt, cuyos representantes en Bogotá éramos nosotros, habíamos recibido medicamentos para tratar estas heridas.

Cuando llegué a la hacienda, Pehlke tenía unos cuantos pacientes en tratamiento, varios hombres y una niña de seis a ocho años. Antes de poder aplicar nuestros polvos y ungüentos sobre las heridas había que limpiarlas, especialmente de pus y suciedad, pero carecíamos para esto de sustancias anestésicas e instrumental adecuado. Pehlke preparaba una cantidad de astillas de madera con un cuchillo limpio, con las cuales y con la ayuda de un poco de algodón, se limpiaban las heridas. El tratamiento era muy doloroso. Los hombres lo soportaban con estoicismo, pero la criatura gritaba espantosamente y debía ser sujeta con fuerza por los padres y nosotros. Casi me descomponía de solo mirarlo. Cuando Pehlke partió repentinamente, había aún pacientes en



tratamiento, y como no quiso dejar por consideración su cuidado a Kruse y la señora, no me quedó otra alternativa que hacerme cargo de ellos. Finalmente me acostumbré al aspecto nauseabundo y tuve la satisfacción de poder dar de alta a todos mis pacientes ya curados. ¡En vez de pagar al doctor, habitualmente aún querían recibir algún regalo!

A pesar de los aspectos negativos, que se hacían sentir con bastante evidencia, la vida en sí de la hacienda me gustaba muchísimo, y si en aquel entonces o en los años siguientes se me hubiera presentado la oportunidad de lograr un futuro como criador de ganado, la hubiera aprovechado con alegría. Era una vida libre. La soledad que implicaba, no me molestaba. Al contrario, encontraba placentero, en contraste con la estrechez en la que me había criado, no encontrar un alma en las cabalgatas de varias horas de duración.

Durante todo el tiempo que pasé en la hacienda pocas veces trabé contacto con gente que no estuviera empleada allí. En el pueblo Victoria solo había dos personas extranjeras: un alemán, Wilhelm Kunze, que vivía en él, y un italiano, que tenía una pequeña hacienda de café en los alrededores. El italiano era un hombre correcto que, a pesar del entorno no civilizado, parecía educar a su numerosa prole bastante bien. El alemán era soltero y no llevaba una vida muy ordenada. Se lo tenía como nada pobre, pero vivía miserablemente. Era muy tacaño. Con frecuencia se veía a sus cabalgaduras pastar a la orilla de la carretera. Los pocos centavos que hubiera costado enviarlos a la pastura le resultaban caros. Pehlke no veía bien que sus empleados tuvieran trato con Kunze. Probablemente no nos hubiera importado cuál era su deseo, si ese hombre no nos hubiera sido tan poco simpático.

También me gustaba el hermoso paisaje tropical. En las tardes libres de domingo me agradaba estar sentado con Gebhard, al cual esa vida le gustaba tanto como a mí, en nuestra galería, y contemplar el paisaje que ofrecía una amplia vista. No se escuchaba nada excepto los ruidos producidos por la fauna salvaje y doméstica. Sin contar a la cocinera, que rara vez salía de la casa, estábamos allí por lo general solos. El pueblo no tenía atractivos para nosotros. Una hora antes de la puesta del sol ensillábamos nuestras cabalgaduras e íbamos a nuestra piscina.

La población de Victoria no era muy amigable con la hacienda Hamburgo ni con Pehlke personalmente. Pequeños robos en la hacienda eran habituales y con frecuencia había dificultades con las autoridades del pueblo. La pobreza era grande. El dinero en efectivo era una rareza. También en la hacienda por lo general se calculaba en centavos. La caja de la hacienda, con su saldo en unos cientos de pesos como máximo, era la riqueza de toda la región. Aunque a Pehlke no le agradaba en lo más mínimo, no podía evitar tener que conceder con frecuencia pequeños y pequeñísimos préstamos. La mayoría de ellos no

podían ser devueltos. A pesar de su pobreza, la gente en el pueblo no estaba en particular insatisfecha o infeliz, nadie tenía que pasar hambre, y con respecto a otras cosas, nadie se hacía muchos problemas.

En mis cabalgatas por la extensa región de la hacienda tenía ocasionalmente contacto con gente que vivía muy solitaria, en mayor o menor grado indígenas puros. Siempre se mostraban amables y cooperativos. En los primeros tiempos sucedía algunas veces que no me podía orientar en un camino poco transitado y entonces era acompañado en ocasiones voluntariamente por uno de estos colonos, hasta que ya no me podía perder más.

Uno de los pocos gastos que exigía la ganadería era el costo de la sal, que los animales necesitaban periódicamente. Para ahorrar estas erogaciones Gebhard y yo, junto con algunas personas de la hacienda, tuvimos que encargarnos de investigar un lugar en la selva donde aparentemente los ciervos y otros animales salvajes habían encontrado sal en las piedras. Incluso encontramos el lugar, siguiendo el lecho de un arroyo, primero a caballo y luego durante un largo trecho a pie. Al final llegamos a una quebrada, cuyas paredes ostentaban profundos agujeros que evidentemente habían sido hechos por animales que las lamieron en busca de sal. Parecía tratarse de una arcilla con sal, o quizás también nitrato. Pero la idea de llevar cada tanto al ganado a ese lugar fue desechada, hubiera sido necesario abrir un camino a través del bosque, lo que habría sido más costoso que comprar la sal, sin tener en cuenta cuán improductivo resultaría que los animales tuvieran que recorrer con regularidad el largo camino hasta el lugar.

Aparte de la propiedad indivisa alrededor del pueblo de Victoria, la hacienda tenía un terreno grande en la región de Corozales, camino a Manizales. Se contaban maravillas de la calidad del suelo, aunque a pesar de ello no se utilizaba para nada. No tuve oportunidad de conocerlo.

Varias veces cabalgué con un obrero y varios animales de carga a una plantación de bananos, es decir plátanos, que estaba ubicada bastante lejos, en un afluente del Guarino, en búsqueda de plátanos para la cocina de la hacienda. La plantación, muy descuidada, debía ser un paraíso de víboras, pues se veían por todos lados pieles apergaminadas mudadas por las serpientes. Apparentemente estas mudan de piel una vez al año. Era extraño, pero nunca vi una serpiente en la plantación. Es probable que el ruido de nuestras cabalgaduras y de los animales de carga las ahuyentaran.

Vi grupos de serpientes, algunas veces, en cercanías de la casa de La Aurora, en los lugares donde el ganado había apisonado el pasto alto para echarse a rumiar. Pero desaparecían velocísimas en el alto pasto apenas escuchaban que alguien se acercaba.

A mediados de mayo llegaron cautas preguntas de mis colegas de Bogotá; si podían contar eventualmente conmigo o si pensaba quedarme para siempre en la hacienda. Si este no era el caso, mi regreso de ahora en adelante les sería grato, pues tenían mucho que hacer. Pehlke ya había partido a Alemania. Gebhard había aprendido, mientras tanto, suficiente castellano como para hacerse entender, así fuese de manera precaria, y así se decidió que yo debía regresar a Bogotá. A pesar de saber con certeza que en la hacienda no había futuro para mí, la despedida me resultó difícil. Me había puesto bien al tanto del manejo del establecimiento y me había entendido bien con todos los empleados, nativos y alemanes. También la separación de mis cabalgaduras fue duro. Por el otro lado, me consolaba la certeza de haber solucionado bastante bien una tarea adjudicada por casualidad en un área totalmente desconocida para mí. Aunque tampoco me podía llevar bienes materiales de la hacienda (más bien me iba en un estado bastante deslucido), mi autoestima había crecido de modo considerable.

Encontré el hotel en Honda casi lleno, porque justo habían arribado los pasajeros de un barco anclado en La Dorada, quienes, al igual que yo, querían seguir viaje a Bogotá. Entre ellos se encontraba un señor Wilhelm Focke, de Bremen, con su mujer y una hija veinteañera. En algún momento me los presentaron y me enteré de que Focke era socio de la empresa Gruner & Rieke, de Bremen, y viajaba a Bogotá para visitar a su representante Ferdinand Focke. Como ya dije, mi aspecto no era muy elegante. Aunque mis trajes estaban recién lavados, las mangas y los cuellos lucían deshilachados. Mostraban también muchas manchas, que había adquirido durante la cosecha de bananos. El jugo, no de los frutos, sino de los troncos y las hojas, era tan ácido que no se podía sacar con ningún lavado. Además, mis trajes también estaban remendados en diversos lugares. Mi sombrero de paja, de ala ancha, estaba deshilachado en el borde, incluso ostentaba quemaduras, porque le habían caído chispas al quemar una parte del bosque. Wilhelm Focke, un bremense reservado y cuidadoso, me contempló con algo de cautela. Pero a su hija, bastante bonita y vivaz, aparentemente le parecí interesante, y le tuve que contar durante la travesía unas cuantas cosas de mi vida en la hacienda. En Bogotá solo volví a ver la familia fugazmente. Una vez la trajo Ferdinand Focke a nuestro negocio. Las conversaciones comerciales entre él y Wilhelm Focke no parecían ser del todo amistosas. Después de la partida de la familia, Ferdinand Focke calificó a la hija, que se llamaba Lotte, de ¡“mocosa mimada”! (años más tarde, quizás en 1927-1928, me contó Elisabeth<sup>1</sup> que en una peluquería de Bremen una señora se dirigió a ella al escuchar el apellido

---

<sup>1</sup> La futura esposa de Sitarz.

Sitarz, porque se acordaba del mismo. Había sido la señorita Lotte Focke, mi conocida del año 1912).

Llegado a Bogotá reanudé mi actividad habitual. También recuperé pronto la habilidad necesaria para el esmerilado de los lentes. Mis dos colegas estaban ansiosos de escuchar mis aventuras y, por su parte, me contaron de su último encuentro con Pehlke. El resultado fue que estuvimos todos de acuerdo en seguir cumpliendo a conciencia nuestras obligaciones, pero en definitiva no dejar pasar ninguna oportunidad para encontrar otros puestos de trabajo. Pero antes, ambos querían conocer la hacienda. Los transportes de dinero, que se hicieron necesarios, pronto les brindaron la oportunidad deseada. Ellos también encontraron el viaje interesante, pero prefirieron seguir estando en Bogotá.

El cambio del calor tropical al clima de Bogotá me causó una intensa diarrea, que en realidad era consecuencia de las muchas dosis de quinina. Había vuelto muy flaco a Bogotá y perdí aún más peso. Por consejo médico comí durante dos meses casi solo avena cocinada en agua. Al final de este tratamiento, había superado el malestar.

Aparte de eso, nuestra vida seguía su ritmo acostumbrado. Nuestros negocios andaban bien y nuestra vida privada seguía igual, como había sido antes de mi estadía en la hacienda. Krumsieg se comprometió en ese lapso con una joven alemana, que había venido como institutriz de los niños de una pudiente familia bogotana, que había estado algún tiempo en Alemania. Planeaban casarse dentro de dos años, pero no se concretó.

Las bogotanas no nos gustaban. Extranjeras había solo muy pocas. Por consiguiente, casi no teníamos trato con mujeres. Los escasos encuentros sociales, en los cuales participábamos, eran exclusivamente veladas masculinas.

Mantenia de forma regular intercambio epistolar con mi familia, en especial con mi madre. Pero las noticias que recibía de mi casa casi nunca eran buenas. En cada carta se repetían las quejas por la falta de dinero. Mi hermano Franz, quien mientras estuve en Stettin siempre había hablado despectivamente sobre mis dos asociaciones, después de mi partida se apuró en ser admitido como socio en las mismas e indagar en el Ultramar, al igual que yo había hecho, por un puesto en el extranjero. Lo había encontrado en una empresa alemana, Tumbador, ubicada en Guatemala. Para poder equiparse se hizo otorgar incluso un préstamo, una tal llamada beca por 1.200 marcos de la asociación, que devolvió años más tarde. Pero no le gustó su nuevo puesto y antes de fin de año recibí un cable de él en el cual me pedía que le consiguiera un trabajo en Colombia. Yo no estaba en condiciones de eso, ya que por mi parte también buscaba y lo tuve que contentar con un 'más adelante'.

A mediados de año se nos comunicó desde Hamburgo que Adler vendría en otoño a Colombia para hacer una corta visita, primero a Bogotá, y que yo

lo acompañara de ahí a la hacienda y me quedara durante su estadía con él. Llegó en septiembre y estuvo unas dos semanas con nosotros. Lo tratamos algo distantes y desconfiados, porque nos parecía que era cómplice de Pehlke, pero como reconocí más adelante, no era cierto. Era exactamente igual que nosotros, una víctima de la explotación de personal por parte de Pehlke. Había llegado por tren a Bogotá pasando por Girardot, pero manifestando por adelantado el deseo de hacer el regreso hasta Honda, en aras de la ciencia, por el viejo camino a caballo. Focke, que tenía que hacer algo a mitad de camino, se unió y nos acompañó hasta la primer parada para pernoctar en Villeta.

Para facilitar las cosas a Adler, Kruse había enviado su mula de silla, Chula, hasta Facatativá. Para mí y el equipaje se habían alquilado animales. El pobre Adler, que nunca había montado en un animal y que no poseía una figura favorable, pues era excepcionalmente largo y muy flaco, se dio cuenta de que el asunto era mucho más difícil de lo que se había imaginado. Se comportó tan torpemente que la tranquilísima Chula se desbocó con él enseguida después de Facatativá. Por suerte logré cortarle el camino y detenerla antes que cayera él de la montura. El siempre malicioso Focke se reía mientras tanto, a más no poder, por la cómica escena. De ahí en adelante Adler no se animó más a seguir montando a la Chula y me pidió que le diera mi mula, lo que hice con gusto, pero tampoco anduvo bien y le propusimos a Adler acortar las cabalgatas diurnas. Él insistió en hacer el recorrido en los habituales dos días. Al final llegamos, aunque bastante después de oscurecer, en la noche del segundo día, a Honda. Dedicamos la siguiente mañana a visitar a los comerciantes con los que la hacienda tenía tratos. El día era muy caluroso y le aconsejé a Adler postergar la cabalgata a la hacienda hasta la mañana siguiente. Pero él esperaba con ansia conocer el clima agradable de la hacienda cafetera, que le había sido ponderado, y prefirió seguir viaje esa misma tarde. Kruse había enviado dos caballos descansados a nuestro encuentro, el Cóndor amarillo, que ya conocía, y un nuevo caballo blanco para que lo montara Adler.

Partimos en medio de un tremendo calor entre las dos y tres de la tarde. El caballo de Adler tenía un andar que se hamacaba con fuerza de izquierda a derecha, así que después de una hora me dijo que no lo soportaba más y me pidió cambiarlo de nuevo. Pero lo mismo: avanzábamos muy lentos, por más que él se esforzara en mantenerse a la par mía, pues le había advertido que la última hora y media o dos horas de camino serían empinadas, pedregosas, y seguramente le resultarían aún más difíciles al caer la noche, que con luz de día.

Ya era noche cerrada cuando por fin llegamos. Adler estaba tan agotado que casi no pudo comer y se fue rápido a dormir. Había llagado gravemente al montar y necesitó tres días para poder reponerse algo de la fatiga. Renunció

a cabalgar para conocer más de la hacienda y solo recorrió lo que era factible a pie.

Yo me había alojado de nuevo en La Aurora, en lo de mi amigo Gebhard, donde fui recibido con alegría. Mientras tanto, él había seguido mejorando algunas cosas en la vivienda y en general se había adaptado bastante bien al trabajo. Pero no pudo lograr que hubiera una relación adecuada entre él y el vaquero, este no lo quería reconocer como superior. Yo ocupaba casi todo mi tiempo en asistir a algunas conversaciones de negocios entre Kruse y Adler.

El regreso a Honda le fue facilitado todo lo posible a Adler. Lo acompañé hasta el tren, que tomó en la pequeña estación Perico, de ahí partió esa misma tarde a Bogotá, por el mismo camino por el cual llegamos. Krumsieg y Rogge recibieron mi relato de los sufrimientos de Adler con mucha malicia. Algunas cosas ya habían escuchado mientras tanto de Focke, que había regresado antes. Como ya dije, todos éramos de la opinión que Adler era también culpable de las miserables condiciones de contrato de los empleados.

Después de nuestra separación en Honda, nunca más volví a ver a Adler. Años más tarde, después de enterarme que Adler era explotado de la misma manera por Pehlke, al igual que nosotros, lamenté el hecho de que su viaje, de mucha importancia para él, estuvo signado por la mala suerte. La estadía en la hacienda, que había despertado tanta expectativa en él, seguramente se le amargó mucho, no solo por el agotamiento físico que había experimentado, sino también por las discusiones penosas con la señora Kruse. Nunca las presencié, pero había escuchado sobre ellas. Adler, que era un fotógrafo consumado, había fotografiado mucho durante el viaje, prometiéndome copias de las fotos, pero no las recibí de su parte.